

LA OBRA ESCONDIDA

LAS MINIATURAS

DE

FLORENTINO DE CRAENE

Por

MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

A caso buscar y buscar, y al fin estarán allí, arrinconadas en el salón empolvado. Buscar y buscar esas miniaturas que no acaban de aparecer, que existen en alguna parte y que alborotan su destino para no ser halladas. El vestigio es que lo dijo alguien o que un recibo firmado por el miniaturista dicta sin dudas su pasado evidente.

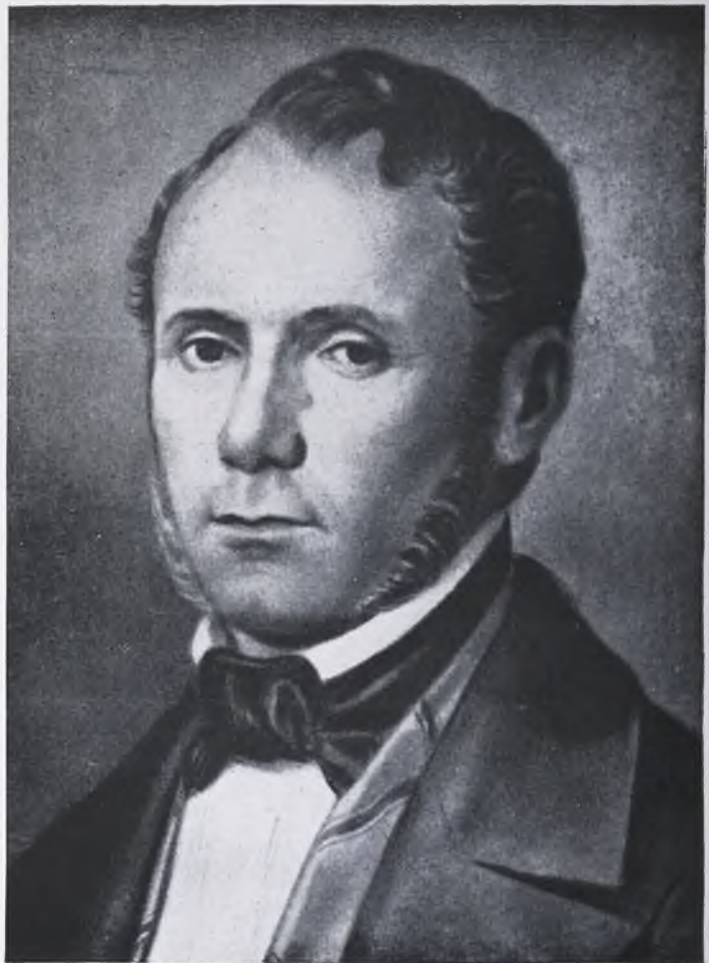
En la biografía de mi bisabuelo Florentino De Craene se me escapan de las manos estas miniaturas que sé que existen, que apenas puedo asegurar sean conservadas hoy, y de las que desconozco el horroroso o desgraciado porvenir que les ha sido reservado.

En 1923, cuando inicié la catalogación de las obras de De Craene, me fué dable anotar tan sólo unas treinta miniaturas. No podía prever estas fichas apretadas que ocupan hoy un buen lugar entre mis libros. En estas fichas he escrito con paciencia lo que he sabido de las miniaturas pintadas por mi bisabuelo Florentino De Craene, nacido en Tournay (Bélgica) en 1793 y muerto en Madrid en 1852, discípulo de Piat-Marie Sauvage y del barón Gros, pintores de Luis XVI y de Napoleón I. Pero el misterio se enreda y se cierne sobre algunas fichas que se declaran por el enigmático *se ignora el paradero* o por los dramáticos *robada o desaparecida*. Las otras miniaturas tienen en su fotografía el testimonio esplendoroso de su existencia, mientras que «esas» subsisten en una silueta vaga e inencontrable, sobre cuyo recuerdo sólo se teje el difícil tapiz de la suposición, que termina siendo tapiz de silencio y de olvido. Quiero hablar de estas obras de arte extraviadas, como anunciando su persecución y silbando a su posible hallazgo. Hay que levantar el gran tinglado de la animada aventura para encontrar y encontrar, en un país que, como España, tanto se destroza y pierde.

Pienso que si mi bisabuelo retrató a la reina María Cristina de Borbón, esposa de Fernando VII, y que llevaría a cabo repetidamente su efigie por el camino del marfil —que diría Rubén— en joyas, prendidos y pulseras, se marcharían muchas de estas obras de arte, entre espantoso humo, en 1854, cuando la plebe decidió quemar la casa de la Reina Gobernadora, el famoso Palacio de las Rejas. Allí, en un minuto, se convertirían en pavesas los que fueron marfiles maravillosos: ojos vivos, tez rosada y flores sobre el cabello, inventados por el maestro Florentino para halago de las reales personas y grandeza de su arte. Estoy viéndolo: no ha necesitado el fuego enroscarse alrededor del retrato para que el marfil se haya diluído, abrasado en la vecindad de la llama.

En 1854 murieron, bajo el desplome de la famosa galería de cristales de colores, esas miniaturas, porque así estaba dicho en su destino, y ni la imaginación puede jugar aquí la carta del saber cómo fué y cómo fueron. El jarrón de porcelana se desplomó sobre la efigie y el primer humo concedió una belleza ardorosa y efímera a los ojos, que se marcharon tierra adentro, sin que nuestra mirada supiera nada.

No conozco tampoco la miniatura que hizo mi bisabuelo a don Mariano Téllez-Girón, entonces (1841) marqués de Terranova, y más adelante el fabuloso duque Mariano de Osuna. Era



El pintor Florentino De Craene. Nacido en Tournay (Hainnaut, Bélgica), el 26 de octubre de 1793. Muerto en Madrid, el 25 de febrero de 1852

ese 1841 el momento en que Mariano Téllez-Girón *ya estaba algo hastiado de cruces y uniformes, por el momento, y le atrala, en cambio, ese Imperio que él había entrevistado en sus viajes al extranjero, ejercido por hombres que tiranizaban a sus contemporáneos con el solo arte de manejar el bastón, unos guantes, un sombrero de copa*. Supongo que De Craene llevaría con impalpable destreza todo aquello al marfil, ese inolvidable perfume del dandy, su desilusión ilusionada, y ya con un personaje de menos arranque, aunque de la misma prosapia, el duque de Abrantes (don Angel María Carvajal y Girón) triunfaba en un retrato de íntima y rara elegancia. ¿Dónde estará este Mariano Osuna visto por De Craene, del que sólo queda el feo testimonio de un recibo de 800 reales conservado en el archivo de la Casa ducal?

En el laberinto de la falta de memoria, del salón en el ángulo oscuro, del atroz revoltijo, del lejano museo o colección, allí estará con ese otro retrato citado por Osorio y Bernard (*Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, pág. 167), «el retrato que hizo a la reina Isabel II cuando contaba cuarenta días de edad». Primeras lágrimas de la que después había de ser llamada *la de los tristes destinos*, llantos de niña resbalando sobre sábanas de seda y encajes, almohadones de terciopelo rojo con flecos dorados, en donde la inevitable mancha pondría un alegre rubor en la recepción cortesana. ¿Cómo hay que imaginar a esta niña, esta pizquilla humana, reflejada en la miniatura de su misma miniatura? ¿En qué oscuro desván palatino se habrá perdido por los siglos de los siglos...?

Si este duelo nos acompaña cuando no conocemos el retrato, ¿qué no será al saber perdidas, hasta hoy, las tres miniaturas que de De Craene se admiraban en el Palacete de la Moncloa? Su propietario, don Joaquín Ezquerro del Bayo, había cedido, en ejemplar depósito, esos tres retratos de la reina María Cristina y sus hijas. Era una infanta Luisa Carlota aguerrida, capaz de lucha y de intriga, y sus dos hijas, la duquesa de Sessa y la condesa de Gurowski, con sus vaporosos trajes y el gesto resignado de infantas que tienen que vivir en una Corte salpicada de sangre. La gue-

(Continúa en la página 82)



Petaca en oro y esmaltes azules y verdes, propiedad de las señoritas de Medina Garvey